

EL BARCO



DE VAPOR

La asombrosa historia del espejo roto

Francisca Solar

ediciones **sm**

I El gran anuncio

LOS CUMPLEAÑOS dan mucho trabajo, o al menos así lo creía el rey Percibaldo, mientras admiraba los preparativos desde su balcón. El pueblo de Pequeño Lago estaba de fiesta y no era una celebración cualquiera: el rey duende cumplía cincuenta años, y todos querían saludarlo.

Percibaldo no se sentía viejo. Llegar a esa edad era un privilegio de pocos, pero siempre, por si las dudas, ocultaba su cabello canoso bajo su hermoso gorro en punta. Lo único que no podía esconder eran sus arrugas. "Es por tanto sonreír", explicaba, volviendo a arrugarse. Todavía tenía fuerzas para cabalgar noches enteras en los corceles enanos, o para asistir a la caza anual de ardillas con los duendes de la nobleza. Podía subir y bajar las escaleras de su palacio en

el Gran Árbol, alimentar a las palomas mensajeras, incluso dar largos discursos sobre la paz y la felicidad. Sin embargo, sus conjuros ya no le resultaban como antes. Sus manzanas se transformaban en peras y las sillas en pulpos azules. Además, no podía ver sin sus anteojos y éstos le torcían la nariz. Era feliz, pero estaba cansado, pues llevaba mucho tiempo siendo rey.

Aquel día se había levantado de la cama muy temprano, tratando de esconderse para que nadie lo saludara. ¡Mala idea! Los sirvientes, quienes también madrugaban, lo persiguieron por los pasillos con un gran pastel a cuestas. Entonces al rey, acorralado —resignado quizá—, no le quedó más remedio que aceptar sus saludos y sonreír. Pronto estaba en la cocina comiendo un buen pedazo, escuchando una y otra vez cuán “especial” era aquella fecha cuando, sintiéndose inspirado, creyó que efectivamente aquel podía ser el día ideal para una decisión que estaba postergando hacía tiempo. Dejó el pastel a medio comer, dio las gracias al cocinero y mandó llamar a su mensajero, un chico de zapatillas doradas que presumía ser el más veloz del reino.

Mediante una carta que él mismo firmó, ordenaba que se realizara una gran celebración en su nombre, a la que todos los habitantes de Pequeño Lago estaban invitados. “Daré una noticia muy importante”, le dijo.

El mensajero bajó por el Gran Árbol, rodó desde la colina, bordeó el lago prístino hasta las calles del pueblo y, sujetando un lustrado cuerno de unicornio, pregonó la noticia por todas las esquinas. Pronto padres, hijos y abuelos se asomaron por las ventanas, alegres; nadie era más querido en toda la comarca que el buen rey Percibaldo. Y así, sin esperar más detalles, todos se pusieron manos a la obra. Las mujeres cosieron día y noche para confeccionar los vestidos más elegantes, y los hombres sudaron sin cesar en los campos para cosechar los mejores vegetales. El trabajo era duro, pero nadie se quejaba. El rey estaba de cumpleaños y cada uno de sus súbditos quería rendirle un homenaje a su manera, con lo que sus manos supieran hacer. El panadero hizo el pastel más sabroso de todos los tiempos, el escribano real hizo un poema de versos infinitos y la banda de música

prometió que haría llorar a los más serios con una nueva y maravillosa melodía. En el palacio, el cocinero debió contratar cinco ayudantes más para el banquete, y ordenó sacar la vajilla de plata de las alacenas. Se limpiaban una y otra vez los pisos y ventanas, hasta que quedaran brillosos, y un sirviente con un pote de pasta incolora lustraba los zapatos de todos los que pasaban por la gran puerta real. Eso es lo que el rey veía desde su ventana, comprendiendo el intenso trabajo que un cumpleaños suponía. Todo debía salir perfecto, y su pueblo quería darle esa perfección.

El gran día llegó y todos los duendes se reunieron en los jardines del palacio, justo a la puesta de sol. Había hombres, mujeres, ancianos y niños vestidos con sus mejores ropas y exhibiendo humildes regalos envueltos en coloridos papeles brillantes. El banquete estaba servido en largas mesas en torno al Gran Árbol, pero nadie había probado bocado, salvo un niño, quien, para ocultar un derrame del puré de manzana, tuvo que pasar la lengua al mantel. Los colores de las vestimentas se reflejaban en el lago como si fuera un campo de

flores, alegrando aún más el ambiente. Solo había sonrisas.

Cuando el rey salió al balcón, las trompetas sonaron, los fuegos artificiales tronaron en el cielo y todos aplaudieron. Llevaba de la mano a su hija, la princesa Gwen, quien cumpliría pronto los diecisiete años.

—¡Queridos súbditos! —exclamó levantando las manos, y todos callaron. Vestía un gorro dorado y una gruesa capa roja de piel—. He sido su rey por muchos años, y creo que mi tiempo ha concluido. He hecho buenas cosas, como el puente sobre el río y los arados para las cosechas, pero ya no tengo la fuerza de antes. Es momento de que alguien más tome mi lugar:

El silencio se rompió con las voces preocupadas de todos los oyentes, incluso de los sirvientes del palacio, pues nadie sabía cuál era ese anuncio tan importante que el rey iba a dar... hasta ahora.

La princesa Gwen permanecía en su sitio, cabizbaja.

—¡Pueblo de Pequeño Lago! —volvió a exclamar el rey Percibaldo, esta vez más fuerte que antes para acallar el bullicio—. No estoy enfermo, ¡no se preocupen! Todo

rey debe retirarse cuando cree que su trabajo ya está cumplido. He compartido mi vida con ustedes y aquí seguiré hasta el último día... pero ya no más como su soberano. Por eso —tomó a Gwen suavemente del brazo y la instó a dar unos pasos hacia adelante, donde todos los duendes en la explanada pudieran verla en esplendor—... he decidido que mi hija ya está lista para gobernar en mi lugar.

Las trompetas sonaron otra vez en medio de los aplausos de alegría, pero el rey

movió las manos y volvió a pedir silencio. La luna redonda brillaba sobre las cabezas del gentío como una gran bolsa de luciérnagas, iluminando hasta la última casa humilde entre los campos de cebada. Todos estaban felices y expectantes, pero faltaba una parte del anuncio, la más importante.

Gwen apenas subió la mirada.

—Hay una cosa más. Como todos saben, nuestras leyes no permiten que una mujer soltera reine en Pequeño Lago, y dado que mi hija aún no conoce a un hombre



digno de ella, he decidido llamar a todos los duendes en edad de matrimonio a un Desafío de Magia. Quien demuestre las mejores habilidades y los conjuros más poderosos, se quedará con la mano de Gwen.

Ahora sí las trompetas sonaron sin interrupción. Se lanzó una nueva partida de fuegos artificiales, y sus fuertes repiques alimentaban las voces de la algarabía. Las madres abrazaron y peinaron a sus hijos mayores, alentándolos a tomar el desafío para pelear por la corona. ¿Dónde encontrarían una criatura tan bella y tan especial como la princesa? Ese era el momento propicio para que los jóvenes de Pequeño Lago demostraran lo que eran capaces de hacer.

Pero Gwen no estaba de acuerdo, ni menos era feliz. Aprovechó el bullicio, se soltó del brazo de su padre y escapó cuanto antes a su habitación, subiendo las escaleras hasta la torre alta.

¡La casarían a la fuerza! Maldijo su suerte y se echó a llorar, apoyada en los cojines mullidos de su cama. No quería pensar en el dichoso desafío.

II *Brin Mandarin*

A POCOS días del gran anuncio del rey, imponentes carpas con sellos de nobleza comenzaron a apostarse, una junto a la otra, a orillas del lago. Pocas veces los dueños de las tiendas de comida habían tenido tanto ajetreo como en esos días. Las canastas de pan se acababan rápidamente y las jarras con jarabe de cereza desaparecían tras los sedientos recién llegados. Apenas bajaban de sus hurones o zarigüeyas —unos niños habían visto, incluso, a un duende de piel morena sobre un ciempiés dorado— se abalanzaban a las tabernas para pedir un poco de agua o jugo de arándanos, si bien la especialidad de Pequeño Lago era el jarabe de cereza, tan delicioso que un vaso nunca era suficiente.

Viajaron príncipes de todas las comarcas

cercanas, además de duques y Condes de Gran Lago, Pequeño Monte y Gran Valle, pues los mercaderes aseguraban que la noticia había traspasado las fronteras. Los elfos, las hadas y los gusanos de luz también asistirían al desafío, pues nada parecido había sucedido en muchos años. Nadie quería perderse el espectáculo. ¡Magia, un verdadero espectáculo de magia para ganar el corazón de la princesa Gwen!

Desde lo alto de la colina más cercana, el joven Brin Mandarín miró las carpas de los nobles y suspiró. ¿Cómo podría competir contra ellos? Se regañó a sí mismo por ser tan cobarde, acomodó otra vez la mochila en su espalda y bajó la ladera a paso lento. Tenía que encontrar fuerzas de flaqueza... Esta era una oportunidad única, tan increíble que ni siquiera se habría atrevido a soñarla. Era su oportunidad.

Gwen y Brin se habían conocido hacía dos primaveras, en el Festival anual de Vegetales en Pequeño Lago. En esos días

las calles se llenaban de compradores entusiastas, sobre todo de forasteros, ya que el festival era muy famoso en los alrededores. Los habitantes más respetados solían asegurarse los mejores puestos para vender su mercancía, y la calidad de sus productos no solo significaba mayores ganancias, sino también aún más respeto y reconocimiento entre sus pares.

La familia Mandarín era uno de esos casos. Poseedora de un modesto pero extenso linaje, habían cultivado por generaciones los mejores cítricos en muchas comarcas a la redonda: naranjas, limones, clementinas... Nadie los superaba en porte y sabor, todo gracias a un antiguo conjuro que un elfo le había regalado a uno de los primeros Mandarín de la historia. Desde ese día, no había naranja más jugosa y dulce que la que ellos ofrecían, y su fama crecía año tras año. El propio rey mandaba pedir solo limones Mandarín para su ensalada, y la princesa se enojaba cada vez que, para el desayuno, le servían jugo de otras naranjas que no fueran las de dicha familia.

Y eso fue lo que sucedió aquella vez, haciendo que ella y Brin se toparan de

frente y se ruborizaran hasta la punta del cabello. Para entonces tenían quince años. Los sirvientes del palacio se habían quedado dormidos y, para no tener que caminar tan temprano hasta los abarrotados puestos del festival, recogieron unas naranjas del patio real e hicieron el jugo para la princesa. ¡Craso error! Bastó un sorbo para que Gwen notara la diferencia y, en lugar de regañarlos, partió ella misma hasta fuera de los terrenos reales a buscar el carro ambulante de los Mandarín. Sabía que en época de festival ellos solían madrugar para ofrecer sus verduras y frutas más frescas, por lo que los encontraría de seguro tras algún efervescente grupo de compradores.

Serge Mandarín, el padre, Daria Mandarín, la madre, y Brin, el menor de sus siete hijos, atendían con esmero a los muchos interesados en sus apetitosos productos. De hecho, Brin estaba tan concentrado en su conversación con la regordeta señora Jung que no vio llegar a Gwen, y cuando ella quiso hablar, chocaron de bruces y el canasto de limones que él cargaba rodó por el suelo.

Ambos tenían los ojos verdes, intensos como el césped que cubría los prados, y al

fijarse el uno en el otro dieron dos pasos hacia atrás, asustados. Brin se había quedado sin respiración.

—¡Princesa Gwen! —gritó el señor Mandarín, reconociéndola por la elegancia de su traje y sus motas de pelo rizado entre su gorro de terciopelo—. Perdone al torpe de Brin. Dígame lo que necesita. Le conseguiré lo que sea.

Ella evitó la mirada del chico, entre avergonzada y divertida. Pidió dos grandes naranjas, pagó con una moneda de oro y se fue corriendo por donde llegó. Brin aún no atinaba a recoger los limones a sus pies hasta que la silueta de la princesa se perdió al final de la calle. El regaño de su madre lo sacó de su ensueño y lo obligó a regresar pronto a sus quehaceres. Sin embargo, por alguna razón su cara mantuvo una sonrisa permanente, ilusa, solo con traer a su mente una y otra vez el rostro sonrojado, pero hermoso, de Gwen.

Brin recordaba ese día como si hubiese sido ayer. Ya habían pasado dos años; ahora era unos centímetros más alto, su voz un



poco más ronca y el trabajo en los campos de cosecha le había permitido ahorrar dinero, lo suficiente como para costear mejores ropas y todo lo necesario para sortear el desafío. Su madre le deseó suerte, pero su padre apenas lo despidió en la mañana. No estaba seguro de querer ver a su hijo haciendo el ridículo frente a todos los nobles de Pequeño Lago. Quería que Brin siguiera el ejemplo de sus hermanos mayores, quienes, casados con duendecillas de los campos aledaños, cultivaban sus propios alimentos y poseían lo necesario para vivir sin problemas. No tenían grandes aspiraciones, y así, tampoco se decepcionarían si no lograban grandes cosas. Era una vida sencilla entre gente sencilla. Así eran todos los Mandarín.

Pero Brin era distinto. No le importaba la desaprobación de su padre; él quería intentarlo. Quería lograr el amor de la princesa. Desde pequeño, cuando nadie lo veía, practicaba en el patio trasero un poderoso conjuro enseñado por su abuelo... ¡no podía fallar! Además, era el momento propicio para volver a verla. Por fin, ¡por fin!, estaría con Gwen otra vez. ¿Lo recordaría

ella a él como el torpe y tímido duende del puesto de frutas?

Tomó aire, nervioso, y siguió avanzando. La ajetreada ruta de tierra hacia la entrada principal de Pequeño Lago estaba muy cerca. Acomodó su gorro de tela y peinó sus pobladas cejas. Así se topara con un campesino o con el propio rey, debía dar la mejor impresión.

III El duque de Gran Valle

COLGADO de un viejo alerce, en la entrada norte de Pequeño Lago, un tablón de madera anunciaba las reglas y requisitos para participar en el gran desafío de magia. Cuando Brin llegó hasta aquel lugar eran tantos los jóvenes deseosos de leer que tuvo que esperar mucho tiempo hasta que el gentío se dispersara. Las palabras no eran muchas, pero cada pretendiente las leía una y otra vez para no olvidar nada importante. Por eso Brin esperó a que hubiera suficiente silencio para concentrarse. Sólo entonces se acercó.

Gran Desafío de Magia



Requisitos:

- ♦ Tener más de 17 años.
- ♦ Poseer conocimientos avanzados de magia.
- ♦ Contar con un espejo mágico en buen estado.

Reglas:

- ♦ Solo se aceptará un conjuro por pretendiente.
 - ♦ El mejor postulante será elegido por el rey, y su premio consistirá en tomar como esposa a la princesa Gwen de Pequeño Lago.

El desafío se realizará públicamente, en el gran salón del palacio real, el cuarto día del mes de agosto.

Tal como sus contendores, Brin leyó veinte veces el tablón tallado hasta memorizar cada sílaba. Le preocupaba no haber captado bien el mensaje, y que en lugar de un espejo, el desafío implicara una varita



de acebo, un caldero o una capa especial. Pero no, era un espejo, el artefacto mágico por excelencia en el reino de los duendes.

Palpó su mochila y sonrió. Se aseguró de que nadie lo estuviera viendo y detrás de unos arbustos vació su contenido. Entonces admiró su más preciada adquisición: era un espejo ovalado, aparentemente sencillo, pero empotrado en un flamante marco dorado que centelleaba cada vez que lo tocaban. Era una verdadera antigüedad, poseedora de un gran poder interior que pocos eran capaces de revelar. Había sido regalo de su abuelo antes de morir. "Has practicado suficiente con él... Ahora es tuyo. Úsalo con sabiduría, pero no la de la cabeza, sino la del corazón", le dijo a Brin en su último suspiro. El joven recordaba esa conversación con gran nitidez.

Según la leyenda, ese espejo había pertenecido a la familia Mandarín por siglos, remontándose a la época en que los elfos cedieron parte de su magia a otras criaturas de la tierra. Podía convertirse en un magnífico artilugio de magia en manos de un poderoso hechicero, pero la familia Man-

darín no le había sacado mayor provecho. Lo guardaban bajo siete llaves, lo cubrían con papel y frazadas, y no dejaban que los niños se le acercaran. ¡Si se rompiera sería una catástrofe! Por eso su abuelo prefería que Brin ensayara en secreto. "Cuando sea el momento, les mostrarás a todos de lo que eres capaz, y el espejo te ayudará", lo animaba.

No había mejor momento que éste para armarse de valor y demostrar sus capacidades. Lo sabía. Sin importar cuántos duendes pretendieran el amor de Gwen, él poseía algo que nadie más tenía: un recuerdo, una mirada compartida que de seguro ella atesoraba en su corazón. Podía ser una ventaja.

—¿Qué tienes ahí?

Una voz forzosamente ronca salió tras el arbusto en el que Brin contemplaba su espejo. Sin tiempo para pensar, lo escondió bajo su camisa, pero unos grandes ojos negros lo habían descubierto.

—No tengo nada —mintió Brin, nervioso.

El recién llegado sonrió con malicia.

—Anda, muéstrame tu espejo.

Era un duende más alto de lo normal. Usaba sandalias puntiagudas, pantalones abombados de seda, una chaqueta muy fina con bordados brillantes y su gorro caía hacia atrás con distinción. Aunque no hubiese dicho ni una palabra, cualquiera adivinaría que era un noble.

—Claro que no —se negó Brin, sin bajar la guardia—. ¿Quién eres?

—Claude Regal, duque de Gran Valle —se presentó el extranjero, tomando las solapas de su chaqueta con altivez—. ¿Y tú?

—Brin Mandarín —respondió, sin saber si hacía mal en enfrentarse a un noble. Su curiosidad fue más grande—. ¿Vienes por el desafío?

—¿Y por qué otra razón vendría alguien como yo a este pueblecillo rústico? —hizo una mueca de asco, como quien se encuentra con una babosa gigante—. No conozco a la princesa, pero supongo que estará bien para mí. Yo solo pienso en convertirme en rey.

Brin tuvo ganas de darle un buen golpe en la cara, pero se contuvo. Él mismo se había puesto a pensar. Si lograba ganar el desafío, ¿estaba seguro de querer ser rey?

Todo lo hacía por Gwen, no le importaba nada más, pero las palabras de ese extraño lo habían despertado a otras consideraciones. ¿Estaba preparado para gobernar una gran colonia de duendes?

Sintió un escalofrío.

—Enséñame ya ese espejo, te lo ordeno —volvió a exigir Claude, estirando su mano hacia él.

Brin siguió sin dudar.

—No, y es mi última palabra.

Había estado tan concentrado en el ceño fruncido de ese arrogante Duque que no había reparado en las dos personas que lo acompañaban. Eran jóvenes como él, uno más pequeño que el otro, y ambos tenían el escudo de Gran Valle estampado en sus camisas. No parecían soldados, ya que no llevaban armas, y eran muy sonsos y desgarrados para servir al ejército. Debían ser simples escoltas, pero si seguía negándose a mostrarles el espejo de su abuelo, entre los tres extranjeros podían darle fácilmente una paliza.

El rostro de Claude empezó a enrojecerse.

—¿Temes que te lo quite? Sería lamen-

table que ya no pudieras participar en el desafío, ¿no?

—¿Qué quieres de mí? —exclamó Brin, dejando su mochila en el suelo y levantándose, por fin, hasta quedar frente a frente—. Tú debes tener tu propio espejo, de oro labrado o quizá de diamante pulido...

—Tengo, ¡por supuesto que tengo uno! Pero quiero ese —demandó, apuntando al bulto cuadrado que se apreciaba bajo la camisa blanquecina de Brin—. Está forjado por elfos. Alcancé a ver el marco. Entrégamelo.

Brin tragó saliva con la garganta apretada. Había escuchado que los nobles solían recorrer los campos y exigir cuanto querían de las cosechas, aunque no les pertenecieran, solo por el hecho de tener un título superior. Era una práctica ilegal, y si había suficientes testigos, se marchaban sin cumplir su amenaza, pero ahí, en ese preciso momento, no había a quién recurrir. Estaba solo, solo con un duende malcriado ostentando su título nobiliario y dos brutos acompañantes dispuestos a hacer cualquier cosa que el Duque les ordenara.

—Es una reliquia de mi familia, no te

lo daré, ¡jamás! —gritó Brin, ahora enojado, desconcertado por la brusca petición de un desconocido que, además, amenazaba con echar a perder su encuentro con Gwen.

—¿De tu familia, eh? —pensó Claude en voz alta, relajando los hombros pero sin perder la mueca altanera—. Está bien. Si no es por las buenas, será por las malas. Otto, Klot, tráiganlo.

Brin se vio atrapado entre los brazos de los escoltas antes de que pudiera pensar en defenderse. Ellos no lo atacaron, sino simplemente lo tomaron de cada brazo y lo llevaron arrastrando tras el camino que Claude comenzó a señalar.

El espejo dorado seguía, gracias al cielo, sostenido entre el cinturón y la camisa de Brin.

—¡Suéltense, déjenme ir!

—Te irás... después del duelo.

—¿Duelo? —repitió Brin, confundido, tratando al mismo tiempo de zafarse de las garras de sus captores, sin resultado. En pocos segundos ya estaban bajando la ladera hacia el centro del pueblo.

—Si el espejo realmente es de tu familia, solo responderá con su máximo poder

ante la orden de un Mandarín. Si lo robo, no me servirá de mucho. Pero si lo gano en un duelo, su magia pasará a la familia Regal, y ningún hechicero podrá contra mí.

Brin entornó los ojos. Eso era lo último que le faltaba, ¡un duelo improvisado con un noble enardecido por el poder! No podía gastar energía en una tontería así... ¿Qué pasaba si alguien salía herido, o si el espejo se negaba a obedecerle, aun siendo un genuino representante de la casta Mandarín?

—¡Déjame ir, debo prepararme para el desafío!

—Eso harás, eso harás —respondió Claude, dándole la espalda para señalar una elegante casona a pocos metros de ahí—. El duelo será rápido, te lo prometo. No eres competencia para mí. Y cuando gane el espejo de los elfos, ya no tendrás que preocuparte de nada. Me lo agradecerás. Te ahorraré el tiempo y las ganas que de seguro perderás en un desafío que, desde el primer día, no debió estar abierto a espantapájaros como tú.

Brin no solía pelear, no le gustaba hacerlo, pero sintió su sangre agolparse de

pronto en su cabeza y la rabia hizo gorgoritos en su estómago.

Defendería su espejo con su vida. Como fuera.

IV Duelo en la posada

LA POSADA más famosa de Pequeño Lago parecía más agitada que nunca. El señor Traub, un duende regordete con brillantes anteojos de media luna, era el dueño del lugar, y corría de un lado a otro asegurándose de que todo estuviera bien. Sábanas limpias en las habitaciones, nuevas velas de miel en los pasillos, rollos de mantequilla recién horneados para el desayuno y acomodadores de equipaje para los nobles extranjeros que no paraban de llegar. Había suficientes ayudantes para hacer todo ese trabajo, por supuesto, pero el señor Traub metía su nariz en cada esquina, aunque no lo llamaran. Todo debía ser perfecto, aun si debía mover al cocinero a un lado y preparar él mismo la ensalada para el almuerzo. La posada había pertenecido a su familia

desde siempre... Era su vida, su única preocupación y alegría.

Justamente por todas esas razones, Claude Regal decidió que entrarían al patio por la puerta trasera. No podían arriesgarse a que el señor Traub los descubriera, pues lo más probable es que los echara a patadas. Ningún locatario permitía ensayos de hechicería en sus terrenos, menos si era un lugar cerrado y tan maravillosamente antiguo como éste... pero no había mejor sitio en todo Pequeño Lago que el patio de la posada para una exitosa —o desastrosa— demostración de magia principiante.

En ese minuto todos los huéspedes estaban en el comedor o en sus habitaciones, y nadie miraría hacia el patio central hasta la próxima hora y media. El duelo no sería interrumpido, pensaba Claude, pero si el señor Traub llegaba a enterarse...

—Es perfecto, perfecto —habló él, calculando rápidamente la buena cantidad de metros del terreno en cuestión.

Los escoltas soltaron a Brin y él se alejó varios pasos de inmediato. Le dolían los hombros y los codos por el forcejeo.

—Nos atraparán, señor —le advirtió

Klot, el más pequeño de sus escoltas, con un hilo de miedo en la voz.

El duque lo miró con enojo.

—Ve a la puerta y cuida que nadie venga. Si nos descubren, será tu culpa.

Klot obedeció, aunque no de buena gana, mientras Otto permaneció quieto para escuchar cualquier instrucción.

Brin miraba en todas direcciones buscando una salida.

—No vas a ningún lado, Mandarin. Ese espejo es mío.

—¡Tendrás que matarme primero!

—Bueno, si eso es lo que quieres...

¡¡JAZAM!!

Otra vez lo pilló desprevenido. Sin que nadie se molestara en dar la partida, el conjuro del Duque le dio de lleno en la nariz, empujándolo hacia atrás y haciéndolo caer con gran estruendo en el empedrado. Las ventanillas cercanas tintinearón, y las nubes en el cielo se agolparon como en la víspera de una tormenta.

Claude soltó una carcajada que resonó tan fuerte como su conjuro anterior.

—¡Ríndete, Mandarin, y entrégame el espejo de los elfos!

—¡NUNCA! —gritó Brin, reincorporándose con dolor de espalda. Palpó su nariz y, salvo una leve contusión, no había mucho más que lamentar. Por demás, su espejo estaba intacto, bien resguardado entre sus ropas. Pero ya era hora de liberarlo.

En un cuidado movimiento, metió una mano a su camisa y el objeto mágico brilló con intensidad, encandilando a los tres extranjeros. Era como si el espejo supiera que era tiempo de ponerse a trabajar.

El duque hizo una señal vaga de respeto. Tras la amplia manga de su chaqueta, dejó entrever su propio espejo: era rectangular y alargado, aparentemente tosco, pero con un hermoso dragón tallado en peltre en la parte inferior. Parecía parte del botín de batalla de un guerrero samurái.

Un buen espejo de lucha debía ser amplio, no muy estrecho, y lo suficientemente ligero para manejarlo con una sola mano. Ese era el único problema del espejo de los elfos: era necesario sujetarlo con ambas manos. El marco dorado pesaba una tonelada, lo que lo hacía imposible de manipular con libertad.

Aunque nada de eso era obstáculo para Brin.



—¡¡TRONUM!! —lanzó él, levantando el espejo sobre su cabeza. De él salió una especie de sólido relámpago azul, pero antes de que Brin pudiera festejar, Claude bloqueó el conjuro con su dragón de peltre, transformando el rayo en una voluta de polvo.

—¿Ahora sí te rindes? —se volvió a reír Claude, secundado por los carraspeos torpes de Otto y Klot.

Brin tenía la boca abierta del asombro. Habría jurado que escuchó de su abuelo la garantía de que aquel relámpago era imparable. ¿Acaso era tan grande su torpeza?

—¡Esto recién empieza! —se defendió, temblando apenas.

El duque inspiró profundo y arregó su chaqueta.

—Lanza lo mejor que tengas, vamos, que el último hechizo me hizo cosquillas.

Brin frunció el ceño con fuerza, tal como Claude.

—Yo puedo, yo sé que puedo...
¡¡KATAPL...!!

—¿Qué está pasando aquí?!

Todo salió mal. Klot, más preocupado del duelo que de cuidar la puerta, no se fijó que alguien se acercaba por el pasi-

llo hasta que ya fue demasiado tarde. El señor Traub, ocupado con un cerro de toallas entre sus brazos, las dejó caer apenas vio lo que estaba sucediendo tras el ventanal. Con una mano en su gorro en punta y la otra en sus lentes de media luna, corrió hasta el patio central justo para detener el conjuro de Brin.

Pero no fue lo suficientemente rápido. El joven Mandarín ya había pronunciado la mitad del hechizo y el centelleo del espejo encandiló de nuevo a todos los espectadores. Sin embargo, el grito del señor Traub desconcentró a Brin, quien perdió el equilibrio entre la sorpresa de la interrupción, la vergüenza de ser descubierto en un lugar donde no debía estar y la emoción de haber golpeado a Claude por primera vez.

Un “crash” agudo y aterrador provocó un silencio fúnebre. Todas las miradas se dirigieron a los pies de Brin; incluso Claude, de bruces a unos metros de distancia, se reincorporó en el acto para apreciar el desastre, aunque no estaba precisamente feliz. El espejo dorado, el espejo de los elfos, se había trizado irremediablemente al rebotar contra el suelo.

Brin cayó de rodillas. Se quitó el gorro, tomó su cabeza con ambas manos y sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba desolado. Por un duelo, ¡por un estúpido duelo había perdido el espejo de su abuelo!

El señor Traub, tan asombrado como el resto, agitó su cabello cano para regresar a la realidad. Entonces apuntó a Claude y su séquito con el pulso tembloroso.

—Duque... sólo se lo diré una vez... Salga de aquí antes de que mande llamar a su padre y esto tenga consecuencias aún más graves que un espejo roto.

Brin secó de un manotazo las lágrimas de su mejilla. ¿Qué podía ser más grave que la pérdida que yacía en trozos esparcidos por las piedras?

La voz del señor Traub, otra vez, le dio la respuesta.

—Esto es imperdonable. ¡Haré que los descalifiquen a ambos en el desafío!

Eso es lo que Claude Regal necesitaba para decidir la retirada. Empujándose para ver quién salía primero por la puerta, los tres duendes de Gran Valle desaparecieron en pocos segundos.

Solo entonces el señor Traub relajó sus

hombros. Sentía pena por Brin.

—Duende tonto, ¿cómo has caído en el juego de Claude? Es un grosero sin remedio que cree ser rudo, pero si su padre está presente, ¡no es más que una mansa oveja! Ya no eres un niño, jamás debiste ceder. Ya ves lo que pasó.

Brin no tenía ánimo para reproches o sermones. De hecho, todo a su alrededor se había vuelto borroso y sin sentido. Lo único que centraba su atención, dolorosa y profundamente, era cada uno de los pedazos de cristal desprendidos del grandioso marco dorado de los elfos.

El dueño de la posada se acuclilló junto a él.

—De todas maneras la competencia será muy reñida... Probablemente no tenías opción. Han llegado hechiceros de muchos lugares que...

—¡Yo sí podía ganar! Mi abuelo confió en mí, y así le he respondido. No podré participar, no podré demostrar lo que puedo hacer... y no podré ver a Gwen otra vez...

El señor Traub se extrañó.

—¿Cómo conoces a la princesa?

Sin dejar de mirar los restos de su espejo, Brin le relató en pocos minutos su encuentro fortuito y crucial con Gwen en la feria de vegetales. El viejo sonrió con compasión. Mal que mal, conocía a Brin desde pequeño, y siempre había sido un leal amigo de los Mandarín.

—Si es tan importante, entonces, deberás prepararte para dar lo mejor de ti.

Esta vez Brin levantó la mirada.

—¿Cómo podría? No tengo tiempo ni dinero para reparar el espejo, ¡lo más valioso de mi familia!

El señor Traub no cambió su sonrisa.

—Nada está perdido. Todavía puede arreglarse —tomó a Brin de un brazo y lo obligó a levantarse. El joven duende abrió sus ojos de par en par—. Recoge los trozos y ven conmigo. No tenemos mucho tiempo. ¿Has oído hablar de la Arena de Cristal?

V *Arena de Cristal*

BRIN INSPIRÓ profundo y miró directamente a los ojos del señor Traub. Él parecía conmovido de verdad. Ante el mundo ya tenía la edad de un adulto, pero en su interior ciertas cosas le afectaban igual que a un niño. Ciertas cosas como un espejo irremediabilmente roto... o quizás no tanto.

—¿Arena de Cristal?

Todavía estaban sentados en el empedrado del patio central de la posada. El viejo locatario movió la cabeza.

—Sí. Es tan común como las margaritas, y a la vez tan desconocida como la distancia de las estrellas —explicó. Al ver el gesto de ignorancia del joven Mandarín, sonrió—. Conoces las minas de diamante en el límite de Pequeño Lago, ¿verdad? Para poder vender estas gemas, los trabajadores

del rey deben pulirlas y suavizarlas, lo que deja un polvillo brillante por doquier. En general lo barren y dejan en el basurero municipal, pues muy pocos conocen sus cualidades mágicas...

Brin apenas pestañeó.

—¡Entonces la leyenda es cierta! Pensé que mi abuelo estaba loco cuando nos decía que fuésemos a las minas por la noche...

—Todos conocen el mito, pero solo él y otros privilegiados como yo conocemos las verdaderas propiedades de la Arena de Cristal. Y ahora tú también.

—¿Y para qué sirve?

—Para arreglar o simular muchas cosas, pero, por lo pronto, lo más urgente es tu espejo.

El señor Traub tomó el marco del espejo de los elfos con sumo cuidado. Las piezas sueltas tintinearón con el movimiento, provocando en Brin un retorcijón de estómago.

—¿Puede arreglarse?

Recibió una respuesta positiva.

—Primero debemos dejar algo en claro. Tu espejo está roto, y así estará por toda la eternidad. Ya no hay nada que hacer al

respecto... —le dijo, serio como un profesor en plena clase—, pero existe un método para que nadie, excepto tú, se entere de esto.

Dejó el espejo sobre las manos de Brin, quien temblaba ante la espera de un supuesto milagro. El señor Traub, sin previo aviso, sacó una pequeña bolsa de tela desde el bolsillo de su pantalón, y al desatar el nudo que la sujetaba, una potente luz hizo que ambos arrugaran la nariz.

Era Arena de Cristal.

El viejo introdujo dos dedos en la bolsa y extrajo apenas unos granos, esparciéndolos luego por los sitios trizados del espejo. Entonces miró a Brin. Alargó su mano, secó una de sus lágrimas, y dejó que la gota cayera sobre la arena.

La luz que volvió a brotar no era ni siquiera comparable con uno de los conjuros que Brin habría realizado ante Claude. Una masa gelatinosa surgió de la nada y, como una gruesa capa de aceite, cubrió en una lenta ondulación todo el espejo, para luego transformarse en una sólida lámina translúcida.

Era vidrio. Se había transformado en vidrio.



—¡Increíble! —exclamó Brin, emocionado. El señor Traub levantó una mano en señal de alerta.

—Es una ilusión, Brin, nunca lo olvides. El espejo sigue roto, pero el efecto de una gota de agua sobre la Arena de Cristal da la impresión de que nada nunca hubiera pasado. Además, restaura todas las condiciones mágicas del espejo. Nadie jamás adivinaría el real estado de este objeto.

—Eso es todo lo que necesito, ¿no?

—No cantes victoria... hay una condición. La ilusión de la arena solo dura un día. Si quieres que el espejo se vea sin triaduras y mantenga su poder de siempre, debes espolvorearle arena con un poco de agua todas las mañanas.

—No hay problema —respondió Brin, sin pensarlo. El señor Traub lo tomó del hombro.

—No estoy bromeando, Brin. El efecto de la arena puede acabarse en la mitad de un conjuro... ¿Qué pasaría entonces? Debes asegurarte de tener contigo siempre un pequeño saco con unos cuantos puñados —suspiró y lo miró esta vez con algo de pena—. No te ofrezco una solución, mucha-

cho, sino solo una distracción. Mostrarás un espejo intacto, pero te harás esclavo de la arena. ¿Estás dispuesto?

—Sí —volvió a responder, de nuevo sin pensarlo, solo admirando la reliquia de su abuelo en perfectas condiciones otra vez. O al menos en apariencia.

Ambos se levantaron. Brin abrazó el espejo contra su pecho.

—Me ha salvado. No sé cómo agradecerle.

—Gana el desafío y me daré por satisfecho —le sonrió el señor Traub, aunque preocupado—. Te prefiero a ti como rey que al bruto de Claude Regal.

Con una mueca de extrema felicidad, Brin abrazó al posadero con verdadera gratitud. Se alejó unos pasos para recoger su mochila, guardó el espejo con cuidado y luego la colgó en su hombro.

Se detuvo antes de salir por la puerta.

—¿En qué utiliza usted la Arena de Cristal? —le preguntó Brin, volteando. El señor Traub subió las cejas con suspicacia.

—¿Has visto la gran fuente de agua en la entrada a la posada? Está siempre

reluciente y gorgoteando, ¿no? Pues todo es una ilusión. Esa fuente jamás ha tenido una gota. Todas las mañanas, antes de que los huéspedes bajen para el desayuno, uno de mis ayudantes va y espolvorea un buen puñado de arena... ¿De dónde conseguiría yo tanta agua para una fuente así?

Los dos rieron.

VI Prueba de Fuego

ESCLAVO de la arena... No podía ser tan malo, ¿o sí? Un puñado cada día. Solo tenía que racionar bien el saco que el señor Traub acababa de darle y así tendría de sobra para mantener la ilusión de la fisura reparada hasta que terminara el desafío. Luego, cuando se convirtiera en rey, podría mandar a llamar a un elfo de la comarca más cercana para que reparara su espejo de verdad. Era un plan excelente, en realidad. Todo saldría bien.

Caminó de regreso al lago y montó su carpa a la sombra de un sauce, desde el cual podía ver a todas las otras apostadas en la ribera temblando e iluminándose de vez en cuando, demostración de que sus dueños se encontraban en plena práctica de sus conjuros. Brin contó dieciséis tiendas

en total, y eso que aún faltaban dos días para la prueba... Suspiró al pensar en otros chicos más aventajados en las artes mágicas, o simplemente más ricos (como Claude Regal), que podían costear expertos instructores para la preparación. Él no tenía nada más que esa vieja tienda de lona, vegetales y carne seca de ciervo para comer, una gruesa manta para dormir y su espejo, ese bendito espejo que era toda su esperanza. Tenía que ser suficiente.

Dejó su gorro y sus zapatos a un lado. Tomó el espejo y se puso de pie. La noche sería larga: el hechizo de su abuelo no era fácil de dominar.

Pasó una luna, y luego otra, y la mañana siguiente fue la más ruidosa que Brin recordara en Pequeño Lago. Se restregó los ojos con fuerza y estiró su brazo para asegurarse de que el espejo siguiera en su lugar. Sí, ahí estaba, bien atado con su cinturón a su bolso de viaje. Entonces se vistió rápidamente y saltó fuera de la tienda.

Con una mano tapó el sol que llegaba a sus ojos y divisó a lo lejos la calle prin-

cipal atestada de gente, que avanzaba lentamente hacia el castillo como en una larga procesión. Aunque el lago estaba a una distancia considerable, Brin podía escuchar el alboroto fuerte y claro, y la razón era una sola: había llegado el gran día.

Había ensayado su hechizo secreto mil veces, pero no siempre salía como él esperaba. El espejo era grande y pesado, difícil de manejar, por lo que después de unas horas de práctica terminaba de rodillas con la espalda muy adolorida. Además, se dio cuenta de que dependiendo del esfuerzo y de la potencia del hechizo, la arena de cristal comenzaba a perder efecto, amenazando con revelar el vidrio quebrado. Entonces Brin se asustó y no practicó más. Tampoco ensayaría esa mañana, por las dudas. No correría el riesgo de un daño mayor.

Se vistió con las mejores ropas que traía, cubrió el espejo con una camisa, se lo puso bajo el brazo y empezó a caminar hacia el tumulto de voces. En eso, un guardia real montado en una zarigüeya se abrió paso entre la gente, sacó su cuerno de unicornio y empezó a gritar: "Los contendores, ¡síguenme! Los participantes del desafío,

¡vengan conmigo!". Varias cabezas se dieron por aludidas y caminaron tras él. Había que llegar hasta el muro sur del castillo.

—¿Adónde vas, campesino? Nadie te ha llamado.

Brin ni siquiera tuvo que voltear. Tenía la voz de Claude clavada en el cerebro.

Le golpearon el hombro.

—¿No me escuchaste?

—Escuché al guardia llamar a los participantes, y eso es lo que soy.

Moduló cada palabra entre asqueado y humillado. La imagen imponente del duque, con ropas aún más elegantes que la última vez que lo vio, lo dejaban a él como un mendigo en sus peores harapos, sin importar qué tanto esmero hubiera puesto en su apariencia. Otto y Klot, a su lado, llevaban su espejo en una caja de roble.

El resto de los jóvenes duendes solo era una masa borrosa para Brin. Escuchaba sus voces, sentía su entusiasmo, pero no significaban nada para él. Lo único que podía ver era a ese infame y sus secuaces, símbolo de malas noticias.

Claude curvó su sonrisa en una mueca irónica y apuró el paso para situarse junto a Brin.

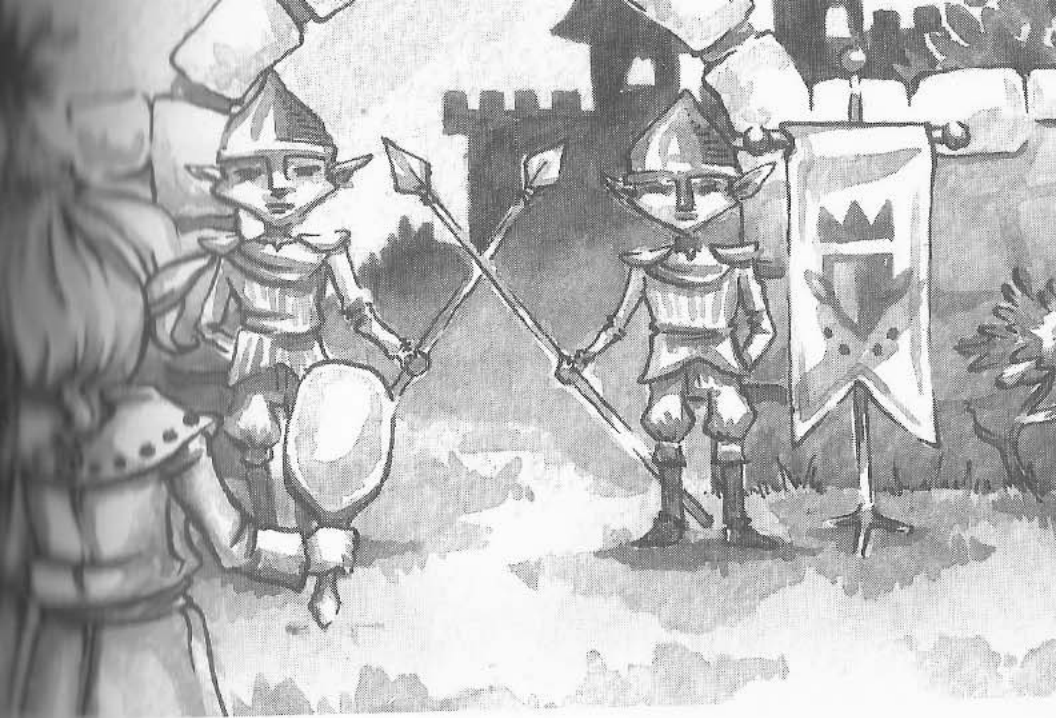
—Creí que tenías dignidad, Mandarín. ¿No te bastó la lección que te di en privado? La repetiré en público si así lo quieres.

Sus escoltas se rieron, pero Brin simuló estar concentrado en los movimientos del guardia real para no evidenciar su malestar. Provocar una pelea sería el peor movimiento en esas circunstancias.

De seguro el Duque ya pensaba en algún otro comentario sarcástico cuando se toparon de frente con una gran muralla de piedra, abierta a la derecha en un pequeño arco tallado y adornado con estandartes reales. Era el paso hacia el escenario donde se realizaría el desafío, custodiado por dos guardias con grandes lanzas, amenazantes.

Éstos se cruzaron en el umbral para no dejar entrar a nadie. Todos debían pasar el chequeo de elegibilidad: el certificado de nacimiento con sello de lacre que confirmara los diecisiete años cumplidos y demostrar la posesión de un espejo mágico.

Uno a uno fueron entrando. Claude empujó a varios para tener un mejor lugar en la fila de espera, y aunque a Brin le tenía sin cuidado el número exacto de su turno, miró hacia adelante con curiosidad.



Fue entonces cuando escuchó la maldita sugerencia.

—Duque, por favor, adelante —moduló el primer guardia, apenas ojeando sus papeles. Estaba poniendo su atención en el siguiente joven cuando Claude se negó a avanzar.

—Escuchadme. He oído noticias alarmantes sobre bromistas infiltrados en este importante desafío. No son participantes reales, sino arribistas que solo vendrán a hacer el ridículo —dijo, enfatizando las últimas palabras con innecesaria malicia. A Brin se le revolvió el estómago—. Por esa

razón, les pido chequear no solo el porte sino también la viabilidad del espejo... No se puede participar con un espejo roto, ¿no es así?

El segundo guardia asintió como si aquello fuera lo más obvio del mundo. ¿Quién osaría presentarse con un espejo defectuoso? Le aseguraron que así lo harían. El duque movió la cabeza, sonrió y volteó ligeramente para encontrarse con los ojos de Brin, varios metros atrás, que ardían en impotencia. Por supuesto, debió haberlo previsto. El mismo Claude fue la causa de su desastre, él sabía que su espejo se había quebrado, y ya le

había advertido: lo humillaría en público si era necesario. Entonces sintió un escalofrío. ¿Habría alguna forma de descubrir el efecto de la Arena de Cristal?

—Hey, campesino, es tu turno. Muéstranos tus documentos.

Brin estaba tan ensimismado en sus miedos que no se dio cuenta del paso del tiempo. Ya estaba bajo el umbral de piedra, y más allá, en el sector autorizado, Claude lo fulminaba con la mirada, sonriente. Estaba seguro de ganar otra vez.

El menor de los Mandarín extrajo su certificado de nacimiento, el primer guardia lo analizó y luego observó a Brin de pies a cabeza. Asintió levemente a su compañero, y éste apuntó al bulto bajo el brazo del joven duende. Era el momento.

Descubrió su camisa lentamente, tomó el marco con las dos manos y elevó el espejo a la altura de sus hombros, cuidando su pulso. Inspiró profundamente y apretó los labios. No miró a los guardias a los ojos, tampoco al duque. Que pasara lo que tuviera que pasar.

—Esto es trabajo de elfos —dijo el primer escolta, siguiendo con su dedo los

puleros detalles labrados de los bordes. Brin asintió sin pronunciar ni una sílaba. Los rayos de sol rebotaban graciosamente sobre la superficie lisa, limpia, perfecta de vidrio falso—. Se ve en buen estado. Adelante.

—¡Esperad! —gritó el duque desde su lugar en el pasillo, sintiéndose dueño del lugar—. ¿Están seguros? Hay algunos encantamientos que disfrazan a los artefactos rotos, y si un contendor logra pasar con un espejo defectuoso, sería una deshonra para el rey —estiró su brazo e hizo un gesto despectivo—... De todas maneras, hay una forma muy simple de descubrir si un espejo está encantado: la Prueba de Fuego.

El segundo guardia bufó de cansancio. Si tenían que hacer esto con cada participante, demorarían horas en chequearlos a todos. Su compañero, por otro lado, parecía de acuerdo con salvaguardar la seriedad del evento, por lo que se dirigió a Brin con una seca solemnidad.

—Usa tu espejo para producir fuego... ahí, en ese montón de ramas —le ordenó, moviendo la cabeza hacia una esquina donde reposaban trozos de leña apilados—. Rápido, no tenemos todo el día.

Podía odiarlo, considerarlo un arrogante, bruto, tosco y mimado duende adinerado, pero de que Claude era inteligente, lo era. Había sugerido una prueba infalible. Crear fuego no tenía ninguna dificultad, pero sí requería mucha energía del espejo, por lo que cualquier hechizo distractor le haría perder fuerza en mitad del procedimiento y revelaría la verdad. Brin ya había probado el poder de la Arena de Cristal, no se desgastaba tan fácil, pero originar fuego era distinto. Muy distinto.

Lo invadió un sentimiento de pena, pensó que ese era su final, pero decidió terminarlo con dignidad. Tomó el espejo en posición de lucha, apuntó hacia la leña y exclamó "¡Pirospocus!", mientras los observadores conservaban un profundo silencio expectante. Las llamas fueron inmediatas; un rayo amarillo golpeó la madera haciéndola saltar en astillas, al tiempo que prendía en chispas.

—Déjame ver —le ordenó el guardia, acercándose para inspeccionar el espejo otra vez.

Brin lo bajó lentamente. Claude también se aproximó lo que más pudo, maquia-

vélidamente curioso. El escolta tomó el marco y acercó su nariz al borde.

La superficie estaba lisa, inmaculada. Aunque no por mucho.

—¡No puede ser! —gritó Claude, colérico, pero nadie le prestó atención—. Ese espejo está roto, ¡doy mi palabra en testimonio!

—Duque, por favor, hemos comprobado que está bien. ¿Lo está viendo? No tiene ningún hechizo distractor. No puedo seguir perdiendo el tiempo.

—¡Está mintiendo! —gritó otra vez, con la cara roja por el esfuerzo y la rabia—. ¡Deben detenerlo! Es una orden.

—Sólo el rey nos da órdenes —habló el segundo guardia, ya un poco molesto por toda la situación—. Así que, se lo ruego, déjenos hacer nuestro trabajo.

Claude dejó su boca abierta con otra frase a medio hacer, y preparaba una nueva arremetida cuando Otto y Klot aparecieron para detenerlo. El forcejeo duró muy poco: con el rostro constreñido, Klot moduló las palabras "su padre" e "impaciente" en una misma frase, lo que transformó el gesto prepotente del duque en un segundo. Tal

como el señor Traub le había dicho unos días antes, Claude parecía una gran amenaza por sí solo, pero frente a su padre se convertía en un niño sumiso. Y al parecer el gran duque Regal lo esperaba en algún punto cercano. Esa sí era una orden.

Los tres habitantes de Gran Valle desaparecieron sin aviso.

—¿Puedo pasar ya? —balbuceó Brin, divertido por la reacción de Claude, pero urgido por salir de ahí lo antes posible, sin perder la compostura.

El segundo guardia suspiró y lo dejó pasar haciéndose a un lado. Mientras cruzaba el umbral, el joven Mandarín tampoco perdió tiempo e introdujo con agilidad el espejo de vuelta a su bolso. Y con el temblor de cada paso, pudo escuchar el tintineo de los trozos, pequeños trozos de vidrio desprendiéndose del marco labrado...

VII El desafío

AVANZÓ RAUDO hasta la esquina contraria, escuchando el irremediable desarme de su espejo entre la tela de su mochila, y palpó su bolsillo. El saco de arena estaba ahí. Solo necesitaba algo de privacidad para restaurar la ilusión.

—¿Dónde puedo conseguir un vaso de agua?

El guardia que custodiaba la entrada al escenario del desafío miró a Brin con incredulidad, incluso burla.

—Esto no es la taberna del pueblo. Si estás nervioso y quieres refrescarte, puedes ir hasta la fuente —dijo apuntándola. Estaba en el jardín del palacio, pero lejos del escenario central—. No demores. Si el rey dice tu nombre y no estás aquí para realizar la prueba, no habrá segunda oportunidad.

Brin asintió casi como un autómeta y se alejó rápidamente en la dirección que le indicaron. El resto de los concursantes lo siguieron con la mirada. Quizá, si se perdía en los jardines, no lograría regresar a tiempo. Un contendor menos en la lista.

Pero él no tomó tontos atajos y encontró la fuente en pocos minutos. Podía oír el bullicio y las trompetas afinando para el repique inicial. Dio la espalda al sonido, se aseguró de que no hubiera nadie cerca, se sentó en la escalinata y sacó su espejo con cuidado.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas como la primera vez; el artefacto estaba hecho añicos, pero había soportado con honor la prueba de fuego. Con cuidado recogió cada pedazo de vidrio de entre su bolso y lo colocó en su lugar sobre el marco, tal como si estuviera armando un difícil puzzle. El roce había desgastado los trozos más pequeños, dejando irremediables espacios vacíos, pero Brin asumió que aquello también se arreglaría con el efecto de la arena. Así que no perdió tiempo: abrió el saco, espolvoreó un poco sobre las triaduras y con su mano libre empapó sus

dedos en la fuente, dejando caer las gotas de rigor. Un tibio resplandor cruzó toda la superficie del objeto mágico, como una gelatina transparente, y en un segundo el espejo ya estaba como nuevo. Era un verdadero milagro.

Brin soltó un "¡wow!" de alivio y admiración. No se cansaba de disfrutar el acto de fantasía que se desarrollaba frente a él... Sin embargo, otra persona coreó la misma emoción en el mismo momento, nítida y apenas unos pasos tras la fuente.

Brin saltó de pánico. Tragó saliva y volteó. Uno de los arbustos temblaba. ¡Había alguien ahí!

No supo qué hacer más que esperar, quieto, con la respiración acelerada. Sujetó nervioso el espejo entre sus manos, tratando de identificar la sombra que se escondía en los matorrales. ¿Claude, sus escoltas, un guardia real? Quien fuera, ¿habría alcanzado a ver lo que tanto temía?

De pronto las trompetas repicaron tan fuerte que Brin arrugó su cara por el impacto y la sorpresa. Era la señal. ¡El desafío comenzaría en unos segundos! Asustado, abrió los ojos otra vez, pestañeó y la sombra en el



arbusto había desaparecido. Miró en todas direcciones, pero se dio cuenta de que no tenía tiempo para buscar. Si no regresaba de inmediato, lo descalificarían.

Por el nerviosismo y el apuro, el gran espejo se convirtió de pronto en un bulto inmanejable. Lo sujetó como pudo entre su cinturón y su camisa, puso su bolso al hombro y se echó a correr. Su corazón latía a mil por hora. Solo cuando la fuente ya estaba fuera de vista se dio cuenta de lo que había olvidado en la escalinata de piedra. ¡La Arena de Cristal!

Se detuvo de golpe y retrocedió un par de pasos, pero las trompetas tocaron de nuevo su estruendoso aviso, retumbando en la cabeza de Brin. No tenía opción, no podía volver. Así como estaba, su espejo debería resistir al desafío y varias horas más, hasta que lograra ubicar al señor Traub para pedirle un poco de sus reservas. Estaba obligado a tentar a la suerte, ¡otra vez!

Suspiró, cruzó los dedos, palpó que el espejo siguiera en su lugar y corrió.

Llegó hasta el grupo de participantes cuando los numerosos espectadores que se agolpaban bajo el escenario —varios incluso

habían traído sus propias sillas— ya estaban aplaudiendo al primer contendor. Brin no alcanzó a divisar qué era exactamente lo que él había hecho; tan solo vio una gruesa estela azul que quedó flotando como niebla en los alrededores. Observó al rey anotar algo en un viejo pergamino, al gentío expectante por el próximo aspirante, pero Gwen no estaba en ningún lado. ¿Qué había pasado?

A codazos se abrió paso hasta el guardia más cercano y le preguntó por la princesa. Aquello delató de inmediato que no había estado presente al inicio de la ceremonia, pero Brin se excusó diciendo que el bullicio no lo había dejado escuchar bien. A regañadientes, el guardia le dijo que el rey había disculpado a su hija ante el pueblo pues no se sentía bien, así que observaría el desafío desde su ventana.

Brin agradeció la información y volvió a su puesto, no sin algo de decepción. Subió la mirada y observó el pequeño balcón que sobresalía de la torre frontal. Toda la idea de estar ahí, de hacer lo que estaba haciendo, era por ella. ¿Lo reconocería desde tan lejos?

Por alguna extraña razón, su nervio-

sismo dio paso a una calma inusitada, extraña, aun cuando la multitud vitoreara a cada participante más que al anterior. Vio pasar todo tipo de espejos, grandes y chicos, de oro y de cobre, que con menor o mayor precisión daban origen a espectáculos de nubes, barcos fantasmas, grandes cataratas que no mojaban a nadie y hordas de caballos que destellaban relámpagos. Incluso, un tonto descuidado que quiso impresionar al rey con la ilusión de un clon, solo que más viejo y más gordo. De más está decir que nadie le vio la gracia a tal acto, y el joven en cuestión abandonó el escenario en el turno más corto de todos. Tras él, sin introducciones o llamados, Claude Regal saltó al centro y saludó al gentío.

El rey Percibaldo hizo una mueca de reticencia. Lo presentó de todos modos, aunque él ya estaba más que instalado y listo para comenzar. Luego de escuchar su nombre, el duque retrocedió hasta el final del escenario, que era muy extenso, dando a entender que su espectáculo sería aún más glorioso que cualquiera del de sus predecesores. Miró a lo lejos y asintió; su padre lo observaba desde el palco de la nobleza.

Solo entonces Brin volvió a sentir el cosquilleo de los nervios.

Era un hechizo estudiado y milimetrado, pues requirió un largo conjuro para convocarlo. Mientras Claude sostenía su espejo con las dos manos, un remolino chispeante surgió de la superficie y subió tan alto que nadie podía ver hasta dónde llegaba en realidad. Poseía la fuerza de un pequeño tornado, al juzgar por el gesto de esfuerzo del duque y por el temblor de sus brazos al mover el espejo. Entonces hizo su conjuro. Gritó un nombre que Brin no reconoció, subió el espejo por sobre su cabeza, y de pronto el remolino cambió de dirección hacia el escenario.

Muchos gritaron. Algunas madres abrazaron a sus hijos pequeños, creyendo que el tornado los golpearía y lanzaría con fuerza fuera del palacio. Pero no fue así. El viento voló algunos sombreros, mas no causó daño alguno. Torciéndose a gusto y abarcando la gran explanada del desafío, el remolino adquirió un tono rojo furioso, el sonido se hizo estridente y, acompañado de las chispas iniciales, formó en segundos un gigantesco dragón ardiendo, con una cola en

punta, afilados dientes y garras en posición de ataque. A Brin le pareció tan familiar que no demoró en hacer la conexión: era el escudo del traje de sus escoltas, el escudo de la familia Regal de Gran Valle.

El aplauso fue merecido. Hasta el mismo Brin le dedicó un par de palmas. El padre de Claude se levantó de su asiento para continuar la ovación, y el rey asentía satisfecho mientras escribía en su pergamino. La concentración de Claude se desvió rápidamente ante la algarabía y, por lo mismo, el dragón no duró en pie más que unos pocos segundos. De todas maneras, había logrado el efecto esperado, y estaba satisfecho consigo mismo. Brin lo habría felicitado si no fuera por la mirada que le dirigió al tiempo que bajaba del escenario. Una mirada de "espero que todo te salga mal", que hizo que el bueno de Mandarín empuñara los nudillos.

Era su turno.

Escuchó su nombre y esperó un poco antes de subir. Tomó aire. Dejó su bolso a un lado de la escalera y subió con el espejo abrazado contra su pecho.

Desde ahí la plataforma del desafío se

veía aún más enorme. Observó a la multitud, que tenía toda su atención puesta en él, y comenzó a caminar lentamente hacia el sillón del rey, menguando el espacio para su presentación hasta que se redujo a un par de pasos. Percibaldo levantó una ceja.

—Brin Mandarín, retrocede, o no podré admirar tu encantamiento...

Brin se acuclilló, dejó el espejo a sus pies y se reincorporó, serio.

—No será necesario, su majestad. El espacio que necesito está en el cielo —contestó, provocando murmullos inmediatos entre el público. Aclaró su garganta y prosiguió, mirando hacia la torre por el rabillo del ojo—... porque el hechizo que traigo hoy no busca impresionarlo a usted, sino a la verdadera destinataria, el real propósito de este desafío.

Esta vez elevó su rostro hacia el balcón de Gwen sin vergüenzas. No podía distinguir si estaba o no observando, pero esperaba que lo hiciera.

Volvió a arrodillarse. Con la palma de su mano derecha extendida, y tomando aire otra vez, se apoyó en la superficie de su espejo con delicadeza. Cerró los ojos y se

concentró. El rey aguzó el oído para escuchar el conjuro, pero ni una sola sílaba salió de la boca de Brin. Solo se levantó, lentamente, con el brazo y palma estirados, como si al alejarse del espejo un grueso manto de energía quedara entre el objeto y su mano. Entonces movió los dedos, sutilmente al comienzo, y luego a gran velocidad, para entonces dibujar un gran ocho en el aire y dirigir, solo con la fuerza de su mirada, aquella energía invisible hacia la ventana de Gwen.

Un arcoíris nació de la nada desde el balcón hacia las colinas al otro lado de la frontera de Pequeño Lago, provocando un "Ooohhh" de parte de los espectadores. El mismo Claude tenía la boca abierta de impresión.

El rey se levantó de un salto.

—¡Pero no dijiste nada! —habló él, confundido—. No recitaste ningún conjuro... ¿Cómo pudiste realizar el hechizo? ¡Solo los elfos tienen ese poder!

—Nosotros también, majestad... Solo se necesita mucha concentración y preparación —sonrió nervioso—. He practicado esto desde que tenía seis años.

—¡Debe ser un truco, algo anda mal!
—gritó la voz profunda de un hombre entre la muchedumbre, si bien Brin no pudo reconocer quién era ni de dónde venía.

El rey movió la cabeza, considerando la idea. Miró fijamente a sus guardias por un segundo, Brin sintió arder el pánico en su garganta, y entonces otra voz se oyó fuerte y claro.

—¡Brin Mandarín!

Todas las miradas confluyeron en la torre frontal. El cabello largo de la princesa Gwen se asomaba tras el ventanal acompañado de la brisa. Admiraba el arcoíris que nacía frente a ella con una mezcla de diversión y recogimiento.

—¡Brin Mandarín! —exclamó otra vez, tan alto que nadie en los jardines se perdería del diálogo—. Si apruebo tu hechizo, si confío en que no hay trucos, sino solo tu habilidad... ¿podrías jurar aquí, ante el pueblo, ante mi padre, que invocarás para mí este arcoíris, desde mi ventana, durante todos los días de mi vida?

Brin sonrió tan ampliamente que no se detuvo a pensar en lo bobo que se veía. Borró su hechizo con un leve movimiento



de mano sobre el espejo, y luego, con el mismo movimiento en reversa, lo rehízo con la facilidad de un suspiro, dejándolo cruzar con sus colores toda la comarca hasta los límites de la pradera.

—Todos los días, desde tu ventana, para siempre.

Gwen sonrió en complicidad.

—¿...y habrá siempre naranjas Mandarín para el desayuno?

El gentío se echó a reír y a aplaudir al mismo tiempo. El propio Brin quiso unirse a las carcajadas, pero tenía muy revuelto el estómago como para aventurarse.

—¡Pero hija, aún quedan cuatro participantes! —le recordó el rey, confundido ante la escena y el tono de celebración que todo había adquirido tan de pronto— ¡Y yo no he decidido aún al ganador!

—Dijiste que elegirías al más hábil e inteligente de todos, papá... Pues bien, si alguno de esos cuatro contendores también puede convocar un hechizo sin pronunciar ni una palabra, esperaré tu decisión. Si no, creo que ya tenemos al ganador.

Todos voltearon hacia los cuatro jóvenes en fila al pie de la escalera. Estos nega-

ron, se encogieron de hombros y se ruborizaron. No había más que decir.

El rey rió por primera vez.

—¡Buena suerte, muchachos! —exclamó Gwen hacia ellos, alzando su mano—. ¡Espero que algún día encuentren a sus princesas!

El aplauso masivo fue más fuerte y hasta se lanzaron algunos fuegos artificiales, aunque fuera a pleno día, pues la ocasión ameritaba el gesto. El cabello había desaparecido de los límites del balcón, muestra inequívoca de que Gwen bajaba las escaleras de la torre a toda velocidad. Brin, sin poder creer su buena fortuna, buscó en la mirada del rey su aprobación, y la encontró. Solo entonces consideró que era momento de deshacer el arcoíris para dejar a su espejo descansar.

Pudo ver a Gwen atravesando el jardín para reunirse con él. Brin sonrió, aunque a medias, y un líquido amargo subió por su garganta. Ella querría que convocara el arcoíris otra vez, muchas veces. Mientras los aplausos adormecían sus oídos, bajó los ojos hacia su preciado objeto labrado por elfos, y unas finas líneas tenues empeza-

ron a dibujarse en la superficie. Las trizaduras de la ilusión, de su verdad. Había jurado mantenerla, a toda costa, al precio que fuera. El precio que ya conocía.

Ese día comenzó el verdadero desafío de Brin.

VIII *Epílogo*

DESEARÍA PODER decir que el final es fácil y feliz, y que Brin se salió con la suya, pero me temo que las leyes de la vida son claras, sin importar si eres un humano, un elfo o un duende. Todas las mentiras salen a la luz alguna vez, y nuestro esforzado Mandarín tuvo que vivir con ese peligro hasta el último día de su vida.

En apariencia todo salió bien; el rey Percibaldo aprobó el casamiento con alegría, Gwen estaba satisfecha con su decisión, Claude Regal se marchó antes que nadie de Pequeño Lago para evitar una humillación mayor, y al día siguiente toda la familia Mandarín fue invitada al castillo como huéspedes especiales, honor que unos simples campesinos como ellos jamás habían tenido antes. La condecoración de

Brin y su alzamiento como ganador del desafío se hizo frente a todos los nobles del reino, con decenas de otros curiosos a sus espaldas observando desde las colinas. Hubo aplausos y el usual banquete con puré de manzana. Brin no se separó de la mano de Gwen y eso lo tenía con una sonrisa imborrable, pero ésta se desvaneció de golpe cuando el rey demandó examinar su espejo. El pobre Brin se puso pálido como una estatua.

Había perdido su saco de arena y ya no tenía más. Sudó al imaginar que si el rey intentaba realizar algún hechizo, la ilusión perdiera su efecto por completo y todo se derrumbara. ¡Había llegado tan lejos! Por eso acercó él mismo el espejo a Percibaldo, diciendo que podía observarlo y preguntar cuanto quisiese, pero que le sugería no tocarlo, ya que como objeto mágico de herencia solo obedecería a un Mandarín, y si fuera mal utilizado el desastre sería gigantesco.

El rey asintió e hizo caso de la advertencia sin detenerse a dudar de las intenciones de Brin. Misión cumplida, por un lado, pero por el otro el corazón del joven

duende no dejaba de retorcerse con un poco de angustia...

La boda se realizó sin contratiempos pocas lunas después, y entonces comenzó lo que el mismo Brin describiría como su "dulce calvario". Había prometido un arcoíris permanente desde la ventana de la habitación real, y así tendría que cumplirse. ¿Cómo? Con mucho sacrificio.

Provisto de un escueto mapa dibujado por el señor Traub, Brin abandonó el castillo cada madrugada, incluso antes de que cantara el gallo, para caminar hasta la mina de diamantes tras la gran colina. Ahí se aprovisionaba de arena suficiente para un día; lamentablemente no podía llevar más, pues no sabría cómo justificar un saco de contenido desconocido al entrar al castillo. Su única salida para que Gwen no se enterara jamás, para que jamás tuviera que lidiar con tal decepción, era salir de la cama en medio de la oscuridad, somnoliento, en verano y en invierno, recorrer los kilómetros que lo separaban de la mina, recoger lo que cupiera en sus bolsillos, y regresar para el desayuno. Cuando Gwen despertara, el brillante arcoíris seguiría ahí, a vista

y paciencia de quien quisiera presenciarlo.

Así lo realizó, día a día, sin descanso, por más años de los que habría imaginado. Y nunca se quejó. No podía. Ganar con una mentira le pesaría eternamente. Su vida con Gwen fue tan feliz que a ratos le parecía irreal. Tuvieron varios hijos y no lo hizo tan mal en su papel como rey (si bien Gwen era la soberana por excelencia), pero el esfuerzo de cada madrugada y la presión de guardar algo inconfesable desgastaron su temple mucho más rápido que a un duende común. A los cuarenta años Brin ya lucía

como de sesenta e incluso debió comenzar a utilizar un bastón. Para entonces sus piernas le dolían permanentemente, el sol había curtido su piel y no lograba sanar los sabañones en sus manos por la exposición al frío del alba. Él se excusaba ante arcoíris diciendo que el trabajo en el campo era el culpable (pues ayudaba a su familia en la cosecha cada vez que podía), pero su deterioro era tan evidente que sus sirvientes temían que alguien le hubiera lanzado una maldición. Brin sonrió al recordar al bruto de Claude, pero no lo creía capaz de algo



semejante. La culpa de su desgracia era su propio cuerpo, que se había volcado contra él en una suerte de castigo y expiación.

Una mañana como tantas, como todas, Brin enrolló una gruesa bufanda a su cuello y salió a la pradera. Llovía a cántaros. Cerró bien su abrigo y se dispuso a recorrer su camino de siempre, sin chistar, sin pedir ayuda. La lluvia helada le golpeaba la cara y los hombros, y sus pies comenzaban a humedecerse dentro de sus zapatos en punta. Se sentía más débil de lo usual, pero continuó, aunque no supo cuánto más logró andar. Se desmayó y cayó al barro, inconsciente, siendo encontrado por unos campesinos unas horas después. Nunca llegó a la mina de diamante.

Los doctores del palacio dieron a Gwen la mala noticia: el corazón de Brin no soportaría más. Sus hijos estallaron en llanto. No podía ser, ¡era tan joven! Quisieron quedarse en la habitación y acompañar a su padre durante sus últimas horas, pero Brin les pidió que se marcharan; no quería que tuvieran que pasar por ese trago amargo.

Era mejor que lo recordaran como en sus mejores días, sonriente y vital, y no en ese estado de menoscabo. Era su último deseo.

Solo Gwen se quedó con él, sentada junto a la cama, aferrada a su mano. No había derramado ni una lágrima, aunque Brin sabía que estallaría al mínimo descuido. Las gruesas gotas de lluvia golpeaban el gran ventanal, y tras ellas, apenas nítido, el arcoíris encantado también luchaba por sobrevivir más, un poco más. Se desvanecería muy pronto, junto con su dueño.

Como la lluvia, Brin dejó caer sobre sus mejillas gruesas gotas de arrepentimiento. Quería irse en paz. Apretó los dedos de Gwen, la miró a los ojos, y sin preámbulos salió de su boca un relato pausado pero detallado de cada cosa, cada momento desde que, hacía tantos años, llegara a sus manos el aviso de un desafío de magia. Las palabras "duelo", "tontería", "espejo" y "accidente" fueron las más difíciles de pronunciar, pero lo hizo, sin detenerse, sin mentir, no esta vez. Le contó sobre su miedo y sobre la arena. Le dijo que, aunque su intención había sido buena, sabía que no tenía perdón. Que no esperaba recibirlo.



El llanto que Gwen retenía hacía tanto ahora se dejó aflorar. Brin sintió su corazón partirse en dos, anticipó el dolor y la decepción que su princesa le haría ver, quizá con rabia, quizá con prepotencia, pero todo lo que vio fue una sonrisa, temblorosa, pero sonrisa al fin, tan verdadera como la del primer día, brillando con la poca luz que se colaba en la oscuridad de la habitación. "Yo lo supe siempre", comenzó a decir, entorpecida por su respiración entrecortada y la sonrisa que no quería perder. "Escondida tras un arbusto, te vi en la fuente. Vi el espejo y la arena. Me sorprendí, pues no creí que el mito fuera real. Te reconocí y me alegré; mi amargura se volvió esperanza. Cuando te presentaste frente a todos, supe que no necesitaba más. Si eras capaz de mantener para mí un arcoíris desde un espejo roto, toda la vida contigo tendría sentido."

Una nueva lágrima mojó la almohada de Brin, y el hechizo de su espejo se esfumó al mismo tiempo que su último suspiro. Sonreía. El peso de su corazón se había liberado.

Gwen corrió por el pasillo. Llamó a sus hijos, a todos los sirvientes, a todo el

que quisiera oír, y emitió una orden con emoción profunda y contenida. Habló de un joven con un ideal, de un sueño, de un espejo en trozos y una ilusión de felicidad, y de cómo ese legado no podía morir, no mientras ella estuviera ahí. Poco después, una legión de zarigüeyas con grandes sacos de cosecha emprendía camino hacia las minas de diamante. Si la lluvia no había sido impedimento para Brin Mandarín, no lo sería para ellas.

Un arcoíris, brillante y verdadero, jamás volvería a faltar en los campos de Pequeño Lago.